

Lágrimas de ceniza

Dama N. Prayton

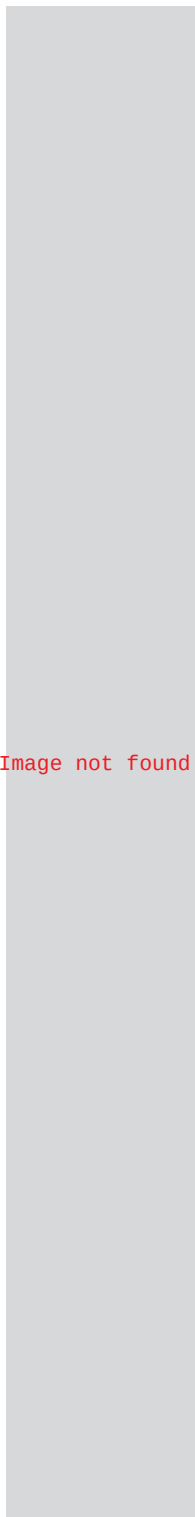


Image not found.

Capítulo 1

"La fantasía es una pájaro libre, donde la imaginación no tiene límites"

© DamaN. Prayton

Capítulo 2

Prólogo

El viento revolvía sus cabellos mientras corría. Su corazón galopa desbocado. Debía concentrarse en sus pies para no dar marcha atrás, las lágrimas descendían por sus mejillas, lágrimas de ceniza que abrasaban su piel. No veía muy bien hacía donde la dirigían sus pasos, lo único en lo que su mente pensaba en aquel que había dejado atrás. No debía desfallecer, necesitaba alejarse todo lo que pudiera porque no solo su vida dependía de ello.

Los rugidos se escuchaban cada vez más cerca, la estaban cazando. Ella era una presa débil y ellos eran unos cazadores sedientos de sangre, de su sangre.

Necesitaba correr más rápido, pero el cansancio podía con ella, había sido una lucha intensa y las fuerzas le estaban fallando. Pero aunque su cuerpo se debilitara su determinación era fuerte y no se iba a rendir sin luchar hasta su último aliento.

Un nuevo rugido hizo temblar el suelo, estuvo a punto de caer pero recuperó el control justo a tiempo. Con un nuevo y escalofriante rugido su corazón saltó asustado. El miedo era un adversario muy fuerte pero no iba a dejar que ganase aquella batalla.

Las bestias estaban muy cerca, las sentía en todo su ser, no solo por los rugidos hambrientos que lanzaban sino por la potente energía que desprendían.

Una oleada de aire caliente traspasó su vestido, aquel cambio de temperatura le indicó lo que se temía, la habían encontrado.

Ahora presa y cazador se enfrentarían cara a cara y la victoria solo pertenecería a uno de ellos.

Capítulo 3

Tresfalgar 1º

Suspiré contra la ventanilla, llevábamos unas diez horas de vuelo. Desde que el avión había despegado solo se veían nubes y más nubes.

Cuando anunciaron que faltaban diez minutos para el aterrizaje, fuí al baño para refrescarme. Me apoyé en el lavamanos y miré mi reflejo en el espejo. Mis ojos azules lucían cansados y mi pelo caoba estaba algo alborotado, así que me lavé la cara y me cepillé el pelo haciéndome una cola de caballo. Cinco minutos después, ya más despejada, me dejé caer de nuevo en mi asiento.

Dos días atrás mi vida había dado un giro de 180 grados, todo lo que creía conocer de mí se desmoronó como una torre de naipes, dos días en los que mi pasado se difuminó como una cortina de humo, dos días en los cuales todo mi mundo cambió.

Todo comenzó con una carta, una misiva que me condujo a este avión, un jet privado que me llevaba a una ubicación desconocida. Tresfalgar era solo un nombre, no sabía si mi destino se hallaba al norte o al sur, al este o al oeste. Lo único de lo que estaba segura era de que no quería estar allí, quería volver atrás en el tiempo y no haber tenido que lidiar con aquel abogado, portador de la llave que cambió mi vida. Aquel tipo me había enredado de tal forma que no tuve más opción que embarcarme en aquella aventura. En juego estaba mi propia vida. No me dieron ninguna opción.

Dos días atrás yo era Dana Romero García, mis padres habían fallecido a los pocos días de cumplir yo los once años, desde entonces he estado viviendo con mis tíos paternos, en la granja que tienen en un pueblecito de Lleida. Dos días atrás quedó claro que no era una Romero García, que mis padres y mi familia no lo eran en realidad y que mi apellido real era Star. Además de todo aquello un supuesto pariente reclamaba mi presencia en aquel lugar que no aparecía ni en el Google Eart ni en mapas normales.

No me dejaron opción de réplica, cuando volví a mi realidad me di cuenta de que mis tíos ya daban por hecho que yo me iba a ir, eso me dolió más que las mentiras en las que se había cimentado mi vida. Esa tarde recogí mis pertenencias sumida en una gran confusión e incrédula por todo lo que me estaba pasando, lo único que quería era acostarme para despertar al día siguiente y que todo aquello resultase un sueño, o más bien una pesadilla. La noche fue muy dura, no conseguí pegar ojo, me la pase llorando la mayor parte del tiempo. A la mañana siguiente aun sin haber procesado todo aquello una fría determinación se apoderó de mi ser, no

iba a dejar que mi pena me consumiera, ya había llorado suficiente. Yo no soy de las personas que se autoflagelan emocionalmente sino de las que afrontan las cosas con firme determinación. Estaba triste pero no podía cambiar los acontecimientos, debía aceptarlos con la mayor entereza posible. La despedida con mi familia había sido incómoda, noté cierta tristeza en los ojos de mi tío y mucho alivio en los de mi tía. No nos llevábamos de maravilla pero aun así los quería.

Viajé rumbo a Barcelona acompañada del señor José Espino, el abogado portador del mal. Me condujo hacia un aeropuerto privado donde un jet de lujo y sus dos tripulantes me esperaban. Sin despedidas, tan solo con una mirada al cielo subí al avión, sin saber cuál era mi destino y sin saber que iba a ser de mí.

Aparté aquellos pensamientos de mi mente y volví a la realidad. Estaba muy nerviosa, necesitaba tranquilizarme así que apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos. Solo espero que este cambio resulte para bien y que pueda hallar las respuestas a todas las preguntas que se agolpan en mi mente.

Al poco tiempo el avión comenzó su descenso preparándose para aterrizar, ¿dónde? no estaba demasiado segura.

Cuando bajé del avión no me dio tiempo a fijarme en lo que me rodeaba ya que un hombre vestido con un traje negro se me acercó serio. Debía rondar los treinta años, era muy alto, fuerte, de pelo muy negro y de piel muy pálida, pero quién no iba a estar así de blanco cuándo en el cielo no se veía ningún resquicio del astro rey. Cuando estuvo a unos pasos de mí vi que era mucho más alto de lo que me había imaginado, yo mido 1, 65 cm pero este hombre debía medir por lo menos dos metros, porque me sentía una liliputiense a su lado. Sus ojos, de un extraño color turquesa, me escrutaban con una curiosidad mal disimulada.

—Señorita Star, soy Jêrome, su chófer—. Hablaba mi idioma perfectamente sin ningún tipo de acento.

Claro, no me iba a llamar por un apellido que ya no era el mío, pero aun así me resultó incómodo que me adjudicara uno con el que no me sentía identificada.

Fruncí los labios para no soltar un impropio y lo seguí al coche que nos esperaba aparcado a dos metros de allí.

Me abrió la puerta trasera y esperó pacientemente a que me subiera. Pero antes eché un vistazo rápido al aeropuerto, era un lugar muy modesto, no creo que un avión comercial cupiera en aquella pista de aterrizaje, de hecho me dio la sensación de que no tenían mucho tráfico aéreo. El lugar estaba rodeado de vegetación, mirase donde mirase todo era verde, pero

no tuve tiempo de analizar nada más ya que aquel tipo carraspeó impaciente. Lo miré enfurruñada y entré en el coche. Debía reconocer que era un vehículo muy lujoso, los asientos eran realmente confortables, esperaba que no tardásemos mucho en llegar, estaba ya harta de estar sentada.

Media hora después estaba que me subía por las paredes, no tenía nada con lo que entretenerme. No podía usar el móvil, ya que entre hablar con mis tres mejores amigos, Estela Daniela y Álvaro y después escuchando música y leyendo en wattpad, la batería se me había fundido. Además el paisaje que era todo verde se veía opaco por culpa de los cristales tintados y por la falta de luz solar. Aquel hombre tampoco colaboraba para que yo me entretuviera ya que no había hablado desde que salimos del aeropuerto y el silencio resultaba agobiante.

—Falta mucho para llegar.

—Me temo que aún queda bastante —dijo mirándose por el espejo retrovisor.

Esperé que añadiera alguna cosa más, no sé algo de conversación de cortesía, pero nada, siguió conduciendo tan tranquilo.

—¿Y este lugar dónde queda exactamente, en Asia, en Australia, en América?

—Es un lugar bastante alejado.

¡Ya está! ¿No me iba a decir dónde quedaba?

—Pero alejado, ¿de dónde?

—De todos esos lugares, señorita.

Sí, anda ya. Este me está vacilando. Lo fulminé con la mirada, mientras me cruzaba de brazos.

—Pero si tuviera que decir una ubicación aproximada, dentro del planeta tierra, ¿cuál sería? —Insistí.

—No sabría decirle, señorita. No se me da bien la cartografía.

¿Carto... qué?

Preferí dejar el tema ya que estaba segura que podía preguntarle de mil formas diferentes y solo obtendría un dolor de cabeza.

Me apoyé en la ventanilla intentando ver alguna cosa, pero todo se veía oscuro.

—¿Aquí alguna vez saldrá el sol? —pregunté en voz baja.

—Por supuesto que sí señorita.

—¿Y por qué no se ve nada de nada? Aun no es de noche.

¿Me ha parecido a mí o ha rodado los ojos?

—Circulamos por un camino que está vadeado por dos bosques, por lo que dudo mucho que pueda ver nada.

—Ahh...

Su actitud condescendiente me hizo sentir ridícula, parecía una niña pequeña haciendo tantas preguntas, pero es que me aburría muchísimo. Además es normal que pregunte, no conozco la zona, ni el lugar donde estamos.

De pronto el vehículo comenzó a temblar con unas sacudidas tremendas, me agarré con fuerza a los asientos. Observé como Jêrome se ponía tenso al volante, no entendía que estaba pasando pero me alarmó su actitud. Un segundo después un rugido ensordecedor enturbió el silencio e hizo que mi estómago se encogiera de miedo.

—¡Agárrese fuerte! —me dijo mientras giraba el volante con brusquedad hacia la derecha.

El coche comenzó a descender a toda velocidad, por lo que supuse era una ladera. La brusquedad del descenso hizo que mi cuerpo chocara con el asiento delantero. No sabía que estaba pasando, aquello parecía una huida en toda regla, ¿de qué?, ni idea, pero me estaba asustando. Espero que este hombre sepa lo que hace, no quiero morir tan joven.

Jêrome se puso un extraño aparato en el oído mientras maneja el volante con la otra mano. Quería gritarle que agarrase el volante con las dos manos, pero me contuve.

—345 al sur, un Dracon —dijo al aparato con voz firme— No lo sé... Estoy ocupado ¿recuerdas? Encárgate tú.

No entendí aquel código ni aquella conversación, pero aquello me dio muy mala espina.

Capítulo 4

Tresfalgar 2º

Descendimos a toda velocidad. El coche rebotaba en cada pedrusco del camino y yo tenía que hacer malabares para no darme cabezazos contra el techo. Unos nuevos ruidos resonaron en el exterior y de nuevo mi estómago se encogió de miedo.

—¿Qué es eso?! —grité desgañitándome.

—No se preocupe señorita Star, solo es un pequeño animal salvaje —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

¿Qué no me preocupe? Este hombre está mal de chota, cómo no voy a preocuparme cuando está conduciendo como un loco y cuando ese sonido terrorífico me hace temblar todo el cuerpo. ¿Pequeño animal? Con esa potencia de rugido por lo menos es del tamaño de un león, eso como mínimo.

Jêrome giró con brusquedad el volante haciendo que el coche derrapara, yo terminé estampándome contra la ventanilla contraria y cuando eché un vistazo por ésta, se pudo ver a la perfección el acantilado por el que nos precipitaríamos si el conductor no tenía cuidado. Ojalá que los cristales hubieran hecho la función de hacía un rato cuando no me dejaban contemplar con claridad el paisaje, pero no, ahora que estábamos en aquel camino escarpado al lado de un enorme precipicio, ahora sí que pude contemplar la vista con claridad.

Unas piedras chocaron contra el capó del coche, haciendo que me girara. Por la luna trasera pude ver el contorno de una criatura enorme que se nos iba acercando a toda velocidad. Era una especie dragón gigante mezclado con un velociraptor, o como se llamen esos dinosaurios tan rápidos. Me quedé algo anonada y tuve que cerrar varias veces los ojos cuando volví a mirar aquella cosa ya no se veía. Seguro que la falta de sueño me estaba pasando factura o eso creí hasta que algo impactó con fuerza en el techo del vehículo aboyándolo.

—¡Mierda! —bufó Jêrome girando de nuevo el volante.

Miré con preocupación el precipicio para después pegar un brinco hacia atrás. Unos ojos inyectados en sangre y una boca llena de dientes habían aparecido de sopetón en la ventanilla. Sus fosas nasales se expandían olfateando a través del cristal mientras sacaba la lengua y lo lamía como si fuera una piruleta. Me deben haber echado algo en la bebida mientras estaba en el avión, esto no puede ser real, debo estar en modo alucinógeno. Me llevé la mano al corazón que tronaba desbocado y me

quedé petrificada observando aquellos ojos hambrientos. Todo aquello que estaba pasando me parecía algo muy surrealista, es como estar en una pesadilla. Ojalá despierte pronto y que todo esto se disuelva en mi mente. Daría lo que fuera por estar en casa.

Jêrome volvió a maldecir mientras hacía un giro de 180° que hizo que mi estómago saltara, que mi cuerpo temblara y que yo deseara desmayarme en ese mismo instante. También hizo que aquel monstruo se alejase volando, ¡volando! ¡Esa cosa vuela!

Después de la vuelta que hizo el coche, el vehículo quedó con una de las ruedas colgando del precipicio.

—¡Estás loco! ¡Qué nos matamos! —le grité aterrorizada.

Tuve que agarrarme con fuerza para no volver a estamparme contra la ventanilla, no quería ni imaginar las vistas que tendría del acantilado. El miedo reptaba por mi ser como un parásito y mi estómago se revolvió haciendo que la bilis me subiera por la garganta. Creo que voy a vomitar y no me importará poner perdido el asiento, lo malo es que vuelva a girar y el vómito me caiga encima. Así que tragué saliva e intenté pegarme a la ventanilla izquierda todo lo posible.

Mientras Jêrome intentaba que el vehículo volviera a recuperar la estabilidad, el dichoso bicho voló hasta situarse delante del coche, miré por la luna delantera y pude observarlo mejor. Era un bestia enorme y con unas alas majestuosas. Si me encontrara en otra situación me habría deleitado observando una criatura tan magnífica como aterradora, pero esa cosa se puso a dar brincos encima del capó, haciendo que el coche se desestabilizara. ¡Estábamos a punto de caer! Cerré los ojos con fuerza, mi mente creaba distintos escenarios de mi prematura muerte, pero decidí centrarme en mi respiración y en los sonidos que nos envolvían.

Escuché el galopar de mi corazón, los dientes de Jêrome mientras los apretaba con fuerza, el rugir entusiasmado del monstruo y unos segundos después, algo más que hizo que me olvidara del miedo y prestara toda mi atención. Había oído a alguien gritar "Giijaa", ¿estaba perdiendo mis cabales? Pues no, ahí estaba otra vez. Abrí los ojos y miré por encima del asiento de Jêrome. El bicho había dejado de brincar y su atención estaba depositada en algo que se dirigía a nosotros a gran velocidad.

* * * * *

Niel

El estridente sonido de mi cup resuena en las paredes del pequeño hostel donde estoy disfrutando de un succulento bocadillo de jamón. Varias

personas me miran con mala cara pero los ignoro completamente.

—¿Qué? —respondo con la boca llena.

—345 al sur, un Dracon.

Bufo exasperado, hoy que tenía que ser un día tranquilo.

—¿Qué hace un Dracon en el mundo humano?

—No lo sé.

Jêrome es un hombre de pocas palabras.

—¿Y no puedes encargarte tú?

Es más que capaz de encargarse del problema él solito, ¿por qué tiene que interrumpir mi cita con mi bocadillo favorito?

—Estoy ocupado ¿recuerdas? Encárgate tú.

Cierto, que hoy tenía que hacer de niñera. En fin, no me queda más remedio que cumplir esta misión para volver y seguir degustando mi comida.

Siete minutos después sobrevuelo la posición 345, la adrenalina recorre mi cuerpo, mi montura presiente lo que se avecina y está tan impaciente como yo para entrar en acción.

—K, amigo, nos esperan para el baile —le dijo mientras acaricio su suave plumaje rojizo.

Su sombra alargada se dibuja entre los árboles que vamos avanzando, por suerte por aquella zona boscosa nunca transita ningún humano. Si lo hicieran alucinarían en colores al ver un Dracon y un Daeyín sobrevolando aquel cielo nublado. para ellos el primero sería como un dino-dragón y el segundo algo parecido a su mítico ave fénix.

Nos acercamos a gran velocidad y observo como el BMW de Jêrome se desplaza hacia el acantilado, el Dracon está dando brincos encima del capó delantero, al muy canalla se le nota que está disfrutando. No puedo evitar reírme de la situación. Me imagino la cara que debe estar poniendo Jêrome y el cabreo monumental que debe tener, la lagartija gigante le ha dejado varios bollos en su preciado juguete. En estos momentos admiro su capacidad para contenerse y no salir a luchar contra la bestia. Estoy seguro de que si no fuera por su carga a estas alturas el Dracon sería un

bistec a la brasa.

El Dracon me presiente, alza la cabeza olisqueando el aire y clava su fría mirada en mí. Comienza la diversión.

—iiGijjaa!!

A K, mi Daeyín, le encanta exhibirse casi tanto como a mí, así que descendemos en picado haciendo un tirabuzón y nos abalanzamos contra el Dracon. Impactamos con fuerza contra su lomo y conseguimos alejarlo del vehículo. Por el rabillo del ojo observo como el coche logra estabilizarse, una lástima, me habría gustado ver que hacía Jêrome en caso de que el vehículo se hubiera despeñado.

Mi montura y yo enfrentamos al Dracon suspendidos encima del acantilado, un aire denso y caliente nos envuelve. La bestia no nos hace ni caso ya que intenta por todos los medios traspasarnos y volver a dirigirse hacia su presa.

—Ni pensarlo —le digo cortándole de nuevo el paso.

Me observa furioso y lanza un rugido ensordecedor.

—Estás siendo una lagartija muy traviesa.

Me debe haber entendido ya que ahora me presta toda su atención, sus ojos me miran amenazantes y de su boca dentada sale una pequeña voluta de humo. Bien, es hora de jugar.

Se abalanza hacia nosotros desesperada y K gira sobre sí mismo dándole un latigazo con la cola. Danzamos a su alrededor varias veces. K disfruta con los intentos fallidos de su contrincante de evitar los latigazos que le mete. Mi Daeyín lanza un rugido bajo y desciende hacia abajo para darle un colazo en el lateral de la cabeza y eso enfurece más al Dracon que se gira velozmente intentando imitar nuestro movimiento. Cuando su cola va impactar contra la barriga de K, este se eleva mientras yo doy una voltereta en el aire y con mi mano derecha desenfundo mi Mazuka. Caigo elegantemente de pie encima del lomo de la bestia y le clavo el arma hasta el fondo, su filo traspasa con facilidad las duras escamas del animal.

—Fiwonfire.

Una luz me ilumina desde el antebrazo hasta la mano, pasando por el acero de mi Mazuka traspasando al Dracon. Mientras la bestia se incendia por dentro, la saco y la vuelvo a enfundar a mí espalda, mientras salto al vacío. K bate sus elegantes alas y me intercepta en el aire, me agarro de

una de sus zarpas y nos alejamos de lo que se avecinaba.

—4, 3, 2...

Un fuerte estallido resuena en el valle y a continuación llueven trozos carbonizados de lo que una vez fue un Dracon.

—Trabajo finalizado —. Doy un salto hacia atrás mientras K desciende lo suficiente para facilitar que pueda caer a horcajadas en su lomo—. Mi querido bocadillo de jamón, allí voy.